

Que desempeñó los cargos de secretario, catedrático y consiliario ;

Que con este último carácter contribuyó a expedir y firmó las Constituciones nuevas, y que nunca cesó de dar al Colegio señaladas muestras de afecto ;

Que ejerció por largos años con honra la profesión de abogado, sirvió a la república en elevados puestos, y fue en su vida pública y privada dechado de virtudes cristianas,

ACUERDA

La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en su propio nombre y en el del claustro que representa, deplora la muerte del señor doctor ANTONIO GUTIÉRREZ RUBIO, como la de uno de sus mejores hijos ;

Una comisión de la facultad de filosofía y letras y otra de la facultad de jurisprudencia, presididas por el Rector, asistirán en representación del Colegio a las exequias del ilustre finado ;

Copia de este Acuerdo se remitirá a la señora viuda e hijos del doctor GUTIÉRREZ RUBIO.

Dado en Bogotá, a doce de junio de mil novecientos quince.

R. M. CARRASQUILLA—JENARO JIMÉNEZ—CARLOS UCRÓS—LIBORIO ZERDA—JOSÉ MARÍA CORDOVEZ MOURE.—A. M. Barriga Villalba, Secretario.

EN MANOS DE USUREROS

El joven barón Pablo de B... entró muy pálido y dando muestras de extraordinaria agitación en su elegante domicilio de soltero. Echó el sombrero sobre un sofá, se quitó apresuradamente los guantes y examinó algunos papeles que había sobre una mesa.

Eran cuentas de distintos establecimientos, redactadas en estilo tan lacónico como elocuente.

Amarga sonrisa entreabrió sus labios y murmuró:

—Cuando el ciervo está rendido, todos los perros acuden.

Tiró con mano nerviosa el cordón de la campanilla, y a poco se presentó un criado de pelo blanco y aspecto impasible casi enigmático, propio de los servidores de casas aristocráticas.

—Pedro, le dijo su amo, ¿has ido a casa de don Ricardo Ortiz ?

—Sí, señor barón, y me ha respondido que le era imposible venir, porque salía esta tarde de Madrid.

—¿ El señor de Calatraba ?

—Que estaba escaso de dinero y no podía tener el gusto de complacer a usted.

—¿ Y el conde ? Supongo que ese no habrá invocado semejante excusa.

—Ha hecho que me digan que no estaba en casa.

—Todos igual. Tiene razón el proverbio. Un enjambre de amigos en los días de la prosperidad ; la soledad en los tiempos de prueba. ¿ Los acreedores han tenido también distintas respuestas ?

—No, señor barón ; todos han dicho lo mismo, que no pueden esperar más.

—¿ Y tú les has dicho que se les pagará ?

—He cumplido las instrucciones del señor barón.

—Está bien ; cobrarán hasta el último céntimo.

Pedro, al ver que su amo no le decía palabra más, salió del cuarto.

El barón, al quedarse solo, volvió a examinar los papeles que estaban delante de él. Había de todo. Cuentas de proveedores, actas notariales, escrituras hipotecarias, pagarés, documentos de distinta escritura, pero todos de la misma índole, atestiguando con brutal elocuencia la ruina del barón.

Tenía éste veinticinco años, y tres habían pasado desde que entró en posesión de la herencia de sus padres ; años que transcurrieron en loca disipación, gastando sin contar, como si tuviese a su disposición inagotable caudal. Joven de arrogante figura, dueño de

un nombre bien conocido entre la nobleza, numerosos amigos le habían rodeado participando de todos sus placeres, y ahora se encontraba frente a la sombría realidad, la pobreza de Job, después de pagar sus deudas.

Su pensamiento retrocedió melancólicamente hacia la vieja casa solariega de la provincia de Zaragoza, situada en sitio tan agreste como pintoresco.

Allí había nacido y allí había crecido bajo la vigilante mirada de una madre, modelo de virtudes, y cuyo recuerdo aún vivía entre las aldeas donde había derramado los bienes de su inagotable caridad.

Se veía sentado en la mesa de familia, frente a su padre, heroico militar de figura austera, severo para los demás y duro consigo mismo; y reconstituyendo todo el pasado honrado y tranquilo recordaba la figura tierna y sonriente de una joven encantadora, cuyo semblante de marfil se tornaba en grana ante cualquier palabra alusiva a los proyectos de la madre de Pablo, deseosa de unirlos en el porvenir.

—¡Si pudiese volver al punto de partida!, se decía tristemente el barón.

Dominado por la tristeza, no por cobarde abatimiento, que convierte en irremediables las caídas y lleva el alma a la mayor abyección, aceptaba la responsabilidad de sus faltas y se encontraba con energía bastante para rehabilitarse ante sus propios ojos y los de la sociedad.

Le sorprendía, sí, la docilidad con la cual se había prestado Pedro a todos sus caprichos. Antiguo servidor de la familia, leal y consagrado a ella desde los tiempos de la juventud de su padre, ¿cómo no intentó detenerle en el camino que recorría?

Volvió a llamar, y se presentó el criado.

—Pedro, le dijo, ¿tú conoces mi situación?

—Sí, señor barón. Está usted arruinado, y esto era fácil de prever.

—Puesto que lo preveías, ¿por qué no intentaste oponerte a mis locuras?

—A las primeras observaciones me dio usted a entender que eso era asunto suyo: si hubiese insistido, me habría despedido usted. Yo juré al padre del señor barón no abandonar a usted nunca, y he querido poder cumplir mi promesa.

—¿Y tu inteligencia no te ha dicho que un amo arruinado no puede tener a nadie a su servicio?

—Eso puede aplicarse a otros, no a mí. Estoy ligado por el juramento que hice al padre del señor barón.

—Veo que para todo tienes respuesta, pero no has contado con el caso de que yo me pegue un tiro en la sien.

—Nunca lo he temido.

—Supongo que no habrás creído que podía faltarme el valor.

—Al contrario. Siempre he pensado que si llegaba semejante cobardía a apoderarse de la imaginación de usted, bastaría, para desecharla con horror, dirigiese usted una mirada a los retratos de su padre.

El joven levantó la mirada hacia los dos retratos que, uno junto al otro, cubrían un lienzo de la pared, y permaneció silencioso, dominado por honda emoción.

Pero no se trataba de conmoverse. El barón estaba arruinado, y había que escoger terreno donde luchar para subvenir a las necesidades de la vida. No tuvo para qué ocultarle a Pedro su incertidumbre respecto al partido que convenía tomar.

—Señor barón, dijo el leal servidor, no faltan por ahí gentes ricas de la clase media que oirían con gusto llamar a su hija la señora baronesa.

—¿Vender mi nombre por algunos sacos de duros! ¿Te atreves a darme un consejo así?

—Tenemos también a la señorita Juana. El señor barón conoce los proyectos formados por las dos familias, y el pesar de las dos familias, y el pesar de la madre del señorito cuando murió sin verlos realizados.

—La desdeñé cuando era rico, y ahora que estoy pobre no he de ir a que me saque de la miseria.



—Es verdad. Hace usted bien, además es no exponerse a una negativa. Sin duda la señorita Juana es como todas las jóvenes.

El barón protestó con indignación.

—No, dijo: ella no es como las demás. La coquetería y el cálculo no ejercen un dominio en su noble corazón. He sido un insensato dejando escapar ese tesoro, y su recuerdo me ha sorprendido muchas veces en medio de mi vida de disipación.

—Pero olvidemos eso y tomemos una determinación. Conozco una persona que tiene grandes fincas en Cuba y seguramente me aceptará por administrador o inspector de alguna de ellas. En cuanto me diga que sí, partiremos.

—Está bien; pero es preciso que hagamos antes un viaje a Zaragoza. Va a venderse la posesión del señorito, porque parece que se ha presentado comprador.

—Bueno. La venta se realizará sin mí.

—Imposible, es preciso llenar formalidades que exigen la presencia de usted. Hay allí también recuerdos de familia que sólo tienen valor para usted, y que no dejará usted pasar a poder de personas indiferentes.

El barón se dejó persuadir, y tres días después, acompañado de Pedro, entró en la casa de sus padres.

Todo estaba en el orden más perfecto, tal como si los propietarios no la hubieran abandonado un solo día.

El jardín acusaba el cuidado atento del jardinero, y en el interior de la casa-palacio se había buscado inútilmente una seña de abandono o negligencia.

El barón lo hizo observar a Pedro.

—Sin duda, replicó éste con indiferencia, han puesto vestido limpio a la finca para venderla mejor.

Pasó la noche sin poder conciliar el sueño, entre aquellas memorias del pasado, y en cuanto amaneció salió a pasear por las calles del jardín; sentía necesidad de decir adiós a todos los sitios donde vivían recuerdos del tiempo feliz.

Se entregó totalmente, con abandono extraño de sí mismo, a aquella religión del pasado, y cuando volvía hacia la casa estaba ya muy entrado el día. De pronto se detuvo creyendo soñar.

Por la ventana abierta de la habitación que había ocupado su madre llegaban hasta él las notas de un piano, y aquellas notas le eran conocidas de antiguo; las había escuchado sin número de veces, arrancadas del piano por las manos de un ángel querido.

Presa de violenta emoción, palpitante el corazón, se dejó caer sobre un banco. Los sonidos cesaron, y él, sin embargo, permanecía en el mismo sitio. De pronto percibió un rumor extraño, levantó la cabeza y vio delante de él una joven que le miraba sonriendo.

—¡Juana, Juana!, exclamó con voz turbada. ¿Era usted a quien yo oía? ¿Usted aquí?

—Hoy debe cambiar de dueño esta finca, y hemos tenido el mismo pensamiento. He venido, como usted, para despedirme de unos parajes que me son queridos.

—Ha debido usted despreciarme, Juana, durante los años de vértigo que ahora expío.

—He podido censurar a usted, Pablo; pero mi compasión ha sido superior a mi censura.

—Si la prueba es dolorosa, yo la acepto sin murmurar. Cuando esté al otro lado del inmenso mar, si vuelve usted la mirada hacia el amigo ausente, dígame usted que he podido ser culpable, pero que se esfuerza en reparar sus errores, aceptando animosamente la situación que él mismo se ha creado.

—¿No siente usted desprenderse de esta casa, a la que unen a usted tantos lazos?

—Cuando los sentimientos a nada conducen, es preciso saber dominarlos.

—¿Y lo conseguirá usted?

—Por lo menos trataré de que así sea.

—Tiene usted razón. Cuando se dice adiós a su país, lo mejor es arrojar de la memoria el recuerdo de los si-

tios que se abandonan y de las personas de quienes uno se separa.

El barón no respondió. La emoción había echado un nudo en su garganta y sentía apreturas en el corazón.

Sus miradas se cruzaron con las de Juana, y los dos se ruborizaron.

—Juana, pudo al fin decir el barón, agradezco a usted que haya venido, y sin embargo, quizá hubiese sido mejor evitarme esta entrevista. Me hace dudar de mi valor; me creía armado de resolución invencible, y siento que me abandonan las fuerzas. Me entristece de un modo horrible la idea de alejarme para siempre de usted.

—¡Ya se consolará usted!

—¡Jamás!, murmuró Pablo, y agregó con voz más débil: es horrible suplicio para quien ve desvanecida la dicha el recuerdo de su imagen. ¡Adiós, Juana!

—Adiós, Pablo. Mi padre y el notario aguardan a usted para arreglar los asuntos pendientes.

Con paso vacilante, pálido y lleno de emoción, entró Pablo en la sala, donde estaban reunidos el padre de Juana, Pedro y el notario.



—Amigo mío, dijo el primero, estamos ocupados el notario y yo en el examen de la situación de usted. ¡Cerca de trescientas mil pesetas derrochadas en dos años! Bien ha debido usted divertirse a cambio de ese dinero.

—Al contrario. Ha sido tiempo tonta y tristemente perdido.

—¿Sabe usted que ha sido robado indignamente?

—¿Qué quiere usted? El que no sabe defender lo suyo, no debe extrañarse que otro se lo quite.

—Los proveedores han presentado a usted cuentas fantásticas. Los prestamistas han facilitado dinero al interés de un cincuenta por ciento.

—Es el oficio de los usureros.

—Se conforma usted muy fácilmente. Es preciso hacerles transigir.

—¿Por qué medio?

—Haciendo un llamamiento a sus remordimientos.

—Esa moneda no circula entre gente de su clase.

—Pero nada se pierde con intentarlo.

—Tiempo perdido. Además, sería preciso conocerlos.

—Yo puedo informar a usted. Somos Pedro, yo y otra persona, la más criminal de las tres.

El barón no comprendía una palabra.

—Me explicaré, dijo sonriendo el padre de Juana. Yo era amigo íntimo del padre de usted, y cuando murió me recomendó mucho que velase por usted. Comprendí en seguida lo que iba a pasar, y Pedro, que es un mozo muy listo, lo comprendió del mismo modo; que arrastrado usted por los ardores de la juventud, nada podría contenerle. Resolvimos limitar en lo posible el desastre, y por eso formamos entre los dos una conspiración. Los proveedores, descontando los riesgos que corren al tratar con hijos de familia, aumentaron prodigiosamente sus facturas; pero convinieron con nosotros en que, siendo satisfechas en una época dada, se contentarían con el precio ordinario. Para los empréstitos os sirvió Pedro, en el cual tenías confianza absoluta. Aquí entra en escena el tercer cómplice. Fue muy exigente, y dio dinero con hipoteca sobre los bienes de usted, que están gravados en cantidad igual a su valor; pero nos encontramos, después de un examen minucioso del haber de usted, que sólo ha gastado cincuenta mil francos, lo que no parece mucho a cambio de la experiencia adquirida. La persona en cuestión ha abusado sin miramiento de la ignorancia de usted en los negocios; pero creo que no será imposible hacer un llamamiento a su lealtad y conseguir de ella un arreglo.

El barón estaba asombrado.

—¿La conoce usted?

—Sí, y usted también. Se acuerda de usted; ese implacable usurero se llama Juana.

La joven había entrado sin llamar la atención y asistía en silencio a la conversación. Se aproximó a los tres hombres.

—Sí, Pablo, dijo, soy yo. No he perdido a usted de vista durante esos años de loca disipación; he visto que, a pesar de todo, el corazón de usted se conserva bueno y leal, y que en el momento inevitable en que se detuviese usted en la pendiente, yo encontraría ese corazón como le conocí en otro tiempo. Podía disponer de la fortuna de mi madre, y con el permiso de mi padre lo emplee en lo que usted ya sabe. Sólo me falta reembolsarle.

—¿Y si yo no acepto?

—Caramba; será preciso buscar un arreglo, y quizá el notario pueda ayudarnos.

—No veo otro medio que un contrato de matrimonio, dijo sonriendo el notario, y aquí le traigo ya preparado.

—¡Oh Juana!, dijo el barón, me vuelve a abrir el cielo, que creía ya cerrado siempre para mí. ¿Cómo podré pagarle?

El viejo criado asistía conmovido a esa escena, cuyo desenlace conocía por anticipado. Se acercó a su amo.

—Bien decía yo a usted, señor barón, que no me separaría de su lado.

—Tú eres de la familia, monstruo de disimulo, y si se te ocurre irte, te sujetaré con cadenas.

En este momento se abrió la puerta del comedor. La sopa humeaba encima de la mesa, donde brillaba la vajilla clásica.

—La señora baronesa está servida, dijo gozosamente el padre de Juana; Pablo, dé usted el brazo a su esposa y rompan ustedes la marcha.

